





TÚ EN EL AIRE, YO EN EL MAR



Daniela Larrea

TÚ EN EL AIRE, YO EN EL MAR



Primera edición: diciembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Daniela Larrea

ISBN: 978-84-10082-10-6

ISBN digital: 978-84-10082-11-3

Depósito legal: M-33834-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi marido y mis hijos, que con paciencia respetaron mi espacio para escribir,  
A mi madre que con cariño me ayudó a contar esta historia,  
A Bea y Ricardo, mis amigos españoles que corrigieron tantos errores,  
A Maivo Suárez que con perseverancia me ha enseñado a encontrar mi voz narrativa,  
A mi amigo Jan, que alimentó esta historia con sus comentarios,  
A mis muertos, que me acompañan cada día.*





## Capítulo I

*Santiago de Chile*

*11 de mayo de 1980*

—Aló.

—¿Cayetana?

—Sí, ¿quién habla? ¡No es hora de llamar!

—Soy Gustavo. Necesito que despiertes y escuches lo que voy a decir.

—¿Gustavo?

—Julio iba en el avión.

—¿Qué avión? ¿De qué me estás hablando?

—El avión que desapareció en Santo Domingo.

*Gijón, Asturias*

*1939*

Todo estaba concertado. La cena sería a las ocho de la noche.

Soledad daba instrucciones a las cocineras. A las dos sirvientas les había encomendado las tareas de pulir la cubertería de plata, los candelabros, y de poner la mesa con la vajilla inglesa que se guardaba bajo siete llaves, solo para ocasiones especiales. Y hoy era un día especial.

Cayetana paseaba por el jardín con Margarita Cienfuegos, su mejor amiga.

—¿Por qué hay tanto movimiento en tu casa hoy? —preguntó Margarita.

—Creo que viene un socio de mi padre, pero no estoy segura.

—¿Y viene tu hermano?

—¡Marga! ¿Qué dirían las Ursulinas si te vieran interesada en un hombre casado? —preguntó Cayetana con una sonrisa llena de picardía.

—Siempre lo he encontrado guapísimo. Todavía no creo que se haya casado con esa mujer insulsa. Como dice mi madre: «La suerte de la fea la bonita la desea».

—Tú eres mucho más interesante, sin duda. Bueno, pienso en la cena de esta noche y me muero de aburrimiento —comentaba al ir a sentarse en una fuente de agua que había en el centro del jardín.

—¡Yo fingiría que estoy indispueta!, o que me agarré un catarro esta mañana y no doy más del dolor de cabeza, que comí un guiso y me tiene las tripas revueltas o que debo estudiar para el examen de piano —sugirió su amiga.

—No tengo alternativa. Mi madre está muy pesada. Por lo visto, esta cena es muy importante para papá. Hablarán del barco que viene de no sé dónde y no sé cuándo, del cargamento de cereales y de la Guerra Civil, y yo estaré ahí como una estatua porque mi madre me prohíbe meterme en conversaciones de adultos.

—Al parecer, no hay escapatoria.

—No entiendo el empecinamiento de mi madre en que me vea mona esta noche. Solo va a venir Miguel y quizá algún veterano achacoso, y pasarán la velada hablando de negocios y bebiendo hasta ponerse colorados.

A Margarita no le hubiera importado asistir a una cena aburrida siempre que hubiera algún mozo guapo. Habría cambiado gustosa la monotonía de sus días por tener que elegir qué vestido ponerse y con qué joyas adornar el conjunto.

—¡Oh, vaya!, se hace tarde y debo ir a estudiar francés —dijo Marga tras echar una mirada casual al reloj—. ¿Cómo estás para el examen?

—*Parfait* —respondió su amiga con cara de sabelotodo, caminando del brazo hasta la salida de la casa.

Se despidieron prometiendo verse al día siguiente para comentar los pormenores de la cena.

Su madre se tomaba un mechón de pelo y abría las puntas de cada cabello como si por ahí fueran a disiparse los nervios. Le insistía en que debía ponerse el vestido celeste de organza que habían encargado a Londres, y arreglarse el cabello con un peinado ondeado y una horquilla. Eso tomaría un buen rato. No había tiempo que perder.

A las ocho en punto sonó el llamador de la puerta apeinazada.

La sirvienta fue a abrir e hizo pasar al recibidor a la tan esperada visita. El invitado contempló la espléndida construcción y le satisfizo corroborar que la familia con la que estaba formando una alianza era de su mismo nivel.

—Bienvenido —saludó doña Soledad. Lo miró con disimulo y no pasó desapercibido ante sus ojos el enorme rubí que coronaba el anillo de su dedo meñique. Lo escoltó hasta el salón principal, donde lo esperaban el dueño de casa y Miguel, con su señora embarazada.

—Ha sido un placer aceptar vuestra invitación —dijo, adelantando la mano.

Recorrió con la mirada la amplia entrada, iluminada por una araña cuyos brazos curiosos sujetaban con prestancia las cálidas bombillas. De día, los ventanales debían parecer enormes cuadros naturalistas.

—El placer es nuestro —dijo don Torcuato mientras le daba un fuerte apretón.

—Estoy maravillado con la arquitectura indiana de vuestra casa —replicó. Había fruncido los labios, arrugado la barbilla y movía la cabeza hacia arriba y abajo.

—Gracias, gracias —contestó el dueño de casa.

Las ventanas arrojaban conversaciones triviales al jardín, que permanecía mudo.

Solo tres magnolias y un par de palmeras eran testigos de lo que allí tenía lugar.

Cayetana bajó la escalera apoyándose en la balaustrada de castaño e hizo su ingreso al salón con gran pompa: como una reina entró, deslumbrando al invitado y saludando a todos los presentes, que disfrutaban de una copa de sidra y unos oricios. Su padre le presentó a don Anselmo Soler y ella le extendió la mano.

Una de las sirvientas le avisó a doña Soledad que la cena estaba lista y la mujer invitó a pasar al comedor.

Iluminada con una lámpara de bronce con lágrimas de cristal, la larga mesa hablaba con sobrada elocuencia. De extremo a extremo, dos arreglos florales ponían la nota de color y las velas de los candelabros se cruzaban guiños intermitentes. Todo estaba dispuesto para agasajar al invitado, hasta los postres. Llegaron las casadiellas, las charlotas y una tarta de almendras con una doble cruz en su centro.

Todo parecía poco para obsequiar a Anselmo.

—Estoy fascinado con la cocina asturiana y debo decir: vuestra hija es muy hermosa —comentó el invitado, encantado con las atenciones de Soledad y maravillado con la belleza de Cayetana. Se la había imaginado más desabrida, pero, al verla por primera vez en ese vestido celeste, que resaltaba sus atributos sin ser desmesurado, quedó prendado.

Al terminar de comer, los comensales se desplazaron hacia el salón, donde escucharon la radio. Los hombres fumaban unos habanos importados de Cuba y las mujeres conversaban sobre los preparativos para el nacimiento del hijo de Miguel.

—Estimado Anselmo, quiero agradecerle esta grata visita, y estoy muy contento porque, a partir de hoy, seremos familia —dijo don Torcuato.

—Soy yo el que debe agradeceros tanta hospitalidad y por, sobre todo, que me consideren digno de su hermosa hija.

Cayetana no dio crédito a lo que escuchaban sus oídos. «¿De qué hija están hablando?», pensó la muchacha. Los aplausos y las

felicitaciones no se hicieron esperar. Su madre la abrazó y le deseó mucha felicidad, su cuñada hizo un esfuerzo para ponerse de pie dado su avanzado embarazo, y se acercó a darle la buena nueva. Su padre, su prometido y su hermano hacían un brindis con *whisky*, mientras ella, empujada por la inercia y por su madre, se acercaba a recibir los abrazos y enhorabuena de Miguel y don Torcuato.

Anselmo quiso esperar hasta el final para acercarse. Cuando estuvo todo más calmado y la tuvo enfrente, se arrodilló y sacó de su chaqueta una cajita que contenía un hermoso anillo de brillantes de corte princesa. Una joya inigualable, digna de una reina. El prometido la puso en los largos y delicados dedos de la joven. Los presentes se quedaron atónitos ante el gesto mientras Cayetana seguía sin poder pronunciar una palabra, pálida como las hojas de los abedules en el otoño, solo atinaba a sonreír de manera nerviosa.

Su madre, al verla, entendió que algo no andaba bien y se acercó a los novios con gesto delicado.

—Anselmo, ha sido mucha la emoción para una sola noche. Llevaré a mi hija a descansar y podremos seguir con la celebración este fin de semana. ¿Le apetecería venir a cenar con nosotros el sábado?

—Encantado, doña Soledad, no me perdería las delicias de su cocina por nada del mundo, y quizá podríamos dar un paseo por el jardín con Cayetana.

—Sí, seguro. El clima en esta época del año es delicioso para dar paseos. Ahora, si me disculpan, llevaré a la niña a su habitación. Despidete, cariño.

—Ha sido una velada muy agradable —respondió la joven frente al pellizco que le dio su madre en el brazo—. Buenas noches.

Subieron ambas mujeres dejando a los invitados en el salón. La joven no era consciente de sí misma y no supo en qué momento llegaron a la habitación ni cómo ya estaba en camisola.

Su madre le pidió a una de las sirvientas que trajera un té de jengibre para la niña. Al llegar la bandeja, Soledad le puso un poco de azúcar a la taza y la acercó a la boca de su hija.

—Bebe esto, querida. Te va a hacer bien.

—Madre, ¿cómo ha pasado esto? —contemplaba el anillo que tenía en su mano izquierda y no encontraba una explicación—. ¿Quién es ese hombre tan mayor? ¿Por qué dijo todas esas cosas? Yo... yo soy muy joven para casarme.

—Cariño, es natural que los padres busquen la felicidad de sus hijos. En este caso, tu padre encontró un hombre muy bien posicionado, respetado en toda Cataluña, con una gran fortuna y que además está prendado de ti.

—Pero tengo dieciséis años, no he terminado el colegio, no he tenido otros novios, no conozco el amor. ¡No quiero casarme!

—Eso es lo de menos, mis padres también concertaron un matrimonio para mí y estoy perfectamente. Lo que fue bueno para tu madre y tu abuela también es bueno para ti.

—¡No me voy a casar! —sostuvo la joven y le pidió a su madre que la dejara descansar.

—Nadie te ha pedido la opinión —dijo y salió de la habitación cerrando la puerta.

La joven, mareada, no lograba asimilar la situación. Su cabeza iba a explotar. Las lágrimas humedecían la funda de la almohada en la que hundía el rostro. No reconocía el esfuerzo de su madre. Vivía para su matrimonio, no había otro propósito en su vida que agradar a su padre. Cayetana no anhelaba esa vida. No tenía planes, pero quería tenerlos. Por primera vez pensó en su futuro, en estudiar, en trabajar y en todo lo que, si se casaba, jamás podría experimentar.

No, ella no se casaría. Por ningún motivo. Y menos con un hombre que la doblaba en edad, con una calvicie incipiente y unos dientes amarillos. Ahora debía pensar cómo salir de esto. Su cabeza iba a explotar. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos.

Esa noche el sueño esquivaba su habitación. Se daba vueltas en la cama hacia un lado y sus piernas se enredaban con las sábanas mientras pensaba en su vida con aquel desconocido que vivía lejos, que hablaba distinto, por el que no tenía ningún tipo de afecto; es

más, su presencia le provocaba rechazo. Luego, desenredando las sábanas con los pies, giró hacia el otro lado de la cama y pensó en cómo salir de la situación. Su padre era un hombre de palabra, su honor estaba antes que su vida. Bajo ninguna circunstancia se retractaría. A pesar de ser su niña, su adoración, sus ojos, si ya había tomado la decisión, estaba perdida.

No podía ser esta su suerte, no sería esta su suerte.

«Mañana vendrá Margarita, entenderá mi desesperación y me ayudará», pensó Cayetana y confió en que juntas encontrarían una solución.

Logró conciliar el sueño en la madrugada. La sirvienta, muy sigilosa, entró en su habitación con la bandeja del desayuno y la despertó. La joven, amaneció con una migraña galopante. Se puso de malhumor al instante. Al abrir las cortinas, el dormitorio se iluminó y sus ojos se achicaron de manera refleja. El día veraniego era inversamente proporcional a su estado de ánimo.

Cayetana se incorporó en la cama mientras la sirvienta le acomodaba unos cojines en la espalda, luego le puso la bandeja sobre las piernas.

—¿Le apetece algo más, señorita Caye?

—Sí, por favor, manden a llamar a Margarita, decíle que es urgente. Gracias.

Bebió un café con leche para agarrar valor y salir de la cama. No quería ver a nadie. Después de darse un baño aromatizado con un perfume de madre selva, su angustia se vio suavizada. Se preparó para bajar al salón a esperar a su amiga.

Su madre la esperaba desde temprano esa mañana.

—No quise despertarte, me imaginé que tuviste una noche complicada.

—Sí, madre, se lo agradezco. No pegué una pestaña y se me parte la cabeza.

—Cariño, son los nervios de cualquier novia, el casamiento es lo más importante en la vida de una mujer y el vuestro será como un cuento de hadas. Mandé a pedir a la tienda de vestidos importa-

dos un catálogo de vestidos de novia. Estaba pensando traerlo de París o de Londres, serás la envidia de la ciudad.

Cayetana asentía ausente, conocía a su madre y jamás desautorizaría a su padre. Además, siempre soñó con organizar la boda de su única hija. Este era un regalo y una oportunidad de mostrarse ante la alta sociedad asturiana.

—Querida, me gustaría fijar la fecha de la boda para el 5 de agosto. Tendremos buen clima asegurado, podemos pedirle al padre Bartolomé que nos reserve la iglesia a mediodía. Estará encantado. Te conoce desde niña y te tiene mucho cariño. Si escogemos el vestido esta semana, alcanzaremos a tenerlo antes de la boda. Debemos revisar qué comida serviremos para los invitados. Por otro lado, los invitados... ¡tengo la lista hecha hace años! —doña Soledad soltó una risa recatada.

—Ya le dije lo que pienso.

El ánimo de la madre era el opuesto al de la hija. Sostuvieron sus miradas por unos segundos eternos hasta que una de las sirvientas entró en el salón anunciando la llegada de la señorita Margarita.

—Hazla pasar, por favor —contestó la joven—. La estoy esperando.

—Me alegra la visita de tu amiga, a ver si te sube el ánimo y cambias la cara antes de que llegue tu padre. Podrías decirle a Marga que baje un poco de peso —sugirió antes de cerrar la puerta del salón.

Margarita, apenas entró, saludó a doña Soledad y halagó su nuevo peinado. La madre, agradecida con el cumplido, las dejó solas para que platicaran.

—Estoy furiosa. Vamos a caminar por el jardín.

—¡Pero si ni te has vestido! ¿Qué sucede? ¡Ayer estabas tan tranquila y hoy pareces una difunta momificada! —preguntó la joven bromeando.

—¡Mira! —dijo extendiendo la mano temblorosa para mostrar el anillo.

—¿Te vas a casar? Pero si eres un pimpollo —reía nerviosa.



—Me van a casar. Con un vejestorio. Ese hombre que vino ayer a la cena. Se llama Anselmo y ni recuerdo su apellido. No puedo casarme, Margarita. Prefiero morir a casarme con ese viejo matusalén. Debes ayudarme, amiga, debes pensar en algo que impida esta boda.

—¿Qué voy a poder hacer yo, Caye? Tengo diecisiete años y vivo con mis padres también. No tengo dinero ni nada. Deberías hablar con ellos y contarles tu angustia —respondió con pesar, pero su mente era rápida y se alumbró con la velocidad de la luz—. Tal vez..., podrías escapar.

—Adónde, Margarita, tampoco tengo dinero y jamás he salido de Asturias —contestó desanimada mientras bajaban la escalera del brazo para caminar por el jardín.

—A América.

—¿América? ¿De qué estás hablando? Es más fácil que me cuelgue de un árbol que viajar a América.

—¡Déjame pensar!, necesitamos tener la cabeza fría. El otro día escuché a mi padre conversando sobre un barco que saldría de Francia con republicanos, asilados allí, hacia Chile.

—¿Chile?, ¿dónde queda eso? ¡Madre mía!, ¿eso no está en África?

—¡Nooo! ¡Está en América! Búscalo en un mapa. Debemos ponernos a trabajar en ello. Déjame hacerle unas preguntas a mi padre y volveré mañana con más información.

—Eres mi única esperanza, Marga. Anoche lloré de rabia y de pena. Aún no lo creo. Mi padre quiera casarme con un desconocido, pero estoy decidida a salir de esta. ¡Ya no estamos en 1800!

—Te entiendo. Debes estar destrozada con la noticia, me pongo en tu lugar y me parece terrorífico casarte con un viejo que no has visto en tu vida, pero, como dice mi madre: «Todo tiene solución menos la muerte».

—¡Tú y tus refranes! ¿Y qué hago yo entretanto?

—De momento, actúa normal y amable... Resignada, y debes conseguir dinero.

Su tarea no era fácil, pero tampoco era imposible. En su mano izquierda tenía un anillo que debía costar una fortuna y tenía unos pocos ahorros para comprar vestidos cuando fueran a Madrid algún día. Los viajes de placer estaban restringidos por la guerra y siempre le hizo ilusión conocer la capital. Más esperanzada, llevó a su amiga a la puerta y le dio un beso de despedida. Margarita prometió volver apenas tuviera novedades.

## Capítulo II

### *Gijón*

Cayetana se mordía un mechón de pelo, al igual que su madre cuando estaba nerviosa. Habían pasado dos días y no tenía noticias de su amiga. Doña Soledad corría por la casa dedicada a los preparativos de la cena en la que recibirían con todos los honores a su prometido. Escuchaba a su madre comentar sus avances con la iglesia, las flores, el coro y el vestido de París. Los últimos días había trabajado sin descanso para que la boda fuera perfecta. Su padre, conforme, corría con todos los gastos.

«¡Debo mandar las invitaciones a la brevedad, ya solo falta un mes y el correo es impredecible!», la escuchó decirle a una de las sirvientas mientras ella observaba la escena desde lejos.

A las ocho en punto sonó el llamador de bronce. Anselmo Soler era un hombre puntual y quería dar una buena impresión ante su nueva familia política. Vestía impecable, con una chaqueta azul, cruzada con dos filas de botones dorados y unos pantalones a la medida con la línea bien marcada, acompañado de un sombrero *homburg* que se sacó apenas entró en la casa.

La recepción por parte de sus suegros fue atenta y calurosa. Cayetana, más distante, se veía incómoda. Estaba preciosa, de pie, al fondo del salón, y cuando él se acercó, le extendió la mano con el anillo para que él la besara. El roce de los labios de Anselmo sobre su piel le causó aversión, su rostro se arrugó en una expresión de

asco que no pudo disimular. Retiró la mano con la misma celeridad con la que se apagó su apetito. Él no le dio importancia a la actitud de su futura esposa. Era una niña y ya habría tiempo para corregir su carácter.

Una merluza del pincho con patatas panaderas y cebolla confitada perfumaban el comedor, estimulando los sentidos del invitado, quien se deshacía en cumplidos para doña Soledad y ella, encantada, los recibía con agrado.

—Anselmo querido, me gustaría fijar la fecha de la boda para el 5 de agosto. Ya tengo listo el coro de niños que cantará en la iglesia. Tu madre puede llegar unos días antes para tener una cena íntima y conocernos.

—¡Nada le apetecería más! —dijo el novio accediendo a la propuesta de su suegra.

A decir verdad, él no sabía de flores ni de coros y mucho menos de cocina asturiana, por lo que se dejó convencer con facilidad.

Cayetana observaba la escena con distancia, como si no fuera ella la protagonista de la historia. La incipiente calvicie de su novio brillaba a la luz de los candelabros y unos anteojos sin montura asomaban por el bolsillo superior de la chaqueta. Nada de ese hombre le atraía, es más, todo de él la asustaba.

Luego de pasar al salón, con el respeto protocolar que lo caracterizaba, Anselmo le pidió a don Torcuato su venia para pasear por el jardín a solas con Cayetana. El suegro, encantado, autorizó el paseo de la pareja. El novio se acercó con delicadeza a su prometida y le ofreció su brazo; ella, con timidez y sin mirarlo, lo tomó y comenzaron su paseo por los jardines mientras los anfitriones miraban la escena de reojo por los ventanales del salón.

Cayetana intentaba ocultar su desagrado esquivando la mirada de Anselmo, y él, haciendo uso de su vasta experiencia en galantería, intentaba llamar su atención llevando el ritmo de la conversación.

—Te ves muy guapa esta noche.

—Le agradezco el cumplido.

—Puedes tratarme de tú. Pronto seremos marido y mujer —aseguró Anselmo transmitiéndole confianza a su prometida—. En Barcelona te sentirás muy a gusto. También hay un airecillo marino que refresca en los días de verano. Viviremos en una casa grande, más grande que la de tus padres. Por mi trabajo debo viajar mucho a otros países y dentro de España. Si te apetece, me puedes acompañar en alguno de esos viajes. También caminaremos por La Rambla al atardecer. Es un paseo que va desde la plaza de Cataluña hasta el puerto. En medio de árboles, tiendas y cafés. Es una grata caminata para estirar las piernas.

Cayetana caminaba en silencio a su lado. El contacto de su piel con el brazo de Anselmo no le hizo sentir mariposas en el estómago. Sonreía, de manera fingida, mientras él seguía con su monólogo.

—Mi madre vive conmigo, la pobre es viuda hace muchos años y soy lo único que tiene. Ella se preocupa de la casa y mantiene todo perfecto. Es un poco dura de carácter, pero con el tiempo te la ganarás.

—¿Por qué no te has casado antes? —quiso saber la joven.

—Porque heredé el negocio de mi padre cuando él murió y yo era muy joven. Mi dedicación a entenderlo y a no dejar que se hundiera fue total. Mi madre fue la que insistió en nuestro compromiso. Ella te enseñará sobre la cocina catalana, el idioma y lo que necesites saber para desenvolverte con soltura en la ciudad.

—Qué amable —contestó sin mucho entusiasmo, entendiendo los intereses que a todas luces tenía su prometido— ¿Te habéis preguntado si yo me quiero casar?

Anselmo la miró desconcertado. En realidad, los sentimientos de la muchacha lo tenían sin cuidado.

—Soy un hombre de costumbres, bastante estructurado y quizá de otra época. Estos asuntos los dirimen los padres. Si tu padre cree que nuestro compromiso es lo mejor para ti, deberías estar feliz y dispuesta a hacer su voluntad —dijo con autoridad—. Bueno, ya deberíamos entrar para que no vayas a agarrar un catarro. Está empezando a refrescar.

Cayetana sintió una punzada de rabia que su rostro no pudo disimular por completo y soltó el brazo de Anselmo al escuchar su respuesta.

—Veo que no te ha gustado algo de lo que dije.

—No, no me ha gustado nada.

—Ya te acostumbrarás a mi forma de ser.

—Lo dudo.

Los dueños de casa los esperaban ansiosos en la terraza, ella bordando y él bebiendo un *whisky* con un habano en la mano, sentado de piernas cruzadas.

—¿Qué tal estuvo el paseo, cariño? —preguntó doña Soledad a su hija.

—Muy agradable, madre —mintió.

—Es verdad —contestó Anselmo—. Nos entendimos a la perfección. Ya debo retirarme, no quiero ser inoportuno. Os agradezco la fantástica velada.

—No nos lo agradezcas, por favor, en poco tiempo serás como nuestro hijo y esta será vuestra casa —contestó don Torcuato con amabilidad.

El invitado se despidió de manera protocolar de sus anfitriones y besó la mano de su prometida mirándola a los ojos. Ella esquivó su mirada. Luego se dirigió al umbral de la puerta, donde recogió su sombrero y se marchó conforme con la visita.

Cayetana amaneció con la angustia aplastándole el pecho. No había tenido noticias de Margarita y la boda iba viento en popa. Llamó a una de las sirvientas para que fuera a buscar a su amiga. La sirvienta asintió y no perdió un segundo en cumplir con las órdenes de la señorita Caye.

Margarita llamó a la puerta, acompañada de la criada, a eso de las cinco de la tarde de aquel domingo. La misión que le había encomendado no era nada fácil, pero en estos días había elaborado un plan bastante seguro. Cayetana le ofreció a su amiga algo de beber y la sirvienta fue a preparar una bandeja con té y dulces para

atender a la invitada. Ambas jóvenes se sentaron en la terraza para discutir a solas los pasos a seguir.

—¡No sabes cómo he estado de los nervios! Ayer vino Anselmo de nuevo, mi madre ya encargó el vestido, el padre Bartolomé va a officiar la ceremonia, ¡estoy perdida!

—¡Hostia! ¿Pudiste hablar a solas con Anselmo? —quiso saber Margarita con curiosidad.

—Sí, mi padre nos autorizó a caminar solos por el jardín un rato. Es un egocéntrico. Vive con la madre, que lo debe dominar con el dedo meñique y me va a «enseñar todo lo que debo saber para ser una buena esposa». Solo quiero acabar con esta pesadilla. Pero ahora dime, ¿qué habéis averiguado?

—Le pregunté a mi padre por el barco de republicanos exiliados. Se llama Winnipeg. Sale los primeros días de agosto desde Francia, del puerto de Pauillac. Unos amigos de él van a embarcar y le escribieron una carta contándole todo esto.

—Necesitaré un pasaporte y dinero para el viaje hasta Francia, y el billete del barco.

—Sí. Ya había pensado en eso —afirmó Margarita.

—Dinero puedo conseguir, le puedo decir a mi padre que quiero ir de compras y me dará algo de dinero. Pero el pasaporte, ¿cómo lo obtengo? El otro año recién podría entrar a la Sección Femenina de la Falange, y sin aprobar los cursos no hay opción de conseguir un pasaporte —su voz sonaba angustiada.

—«La paciencia es la madre de todas las ciencias», como dice mi abuela. Primero, mañana iremos al centro de la ciudad, nos acompañará mi sirvienta y nos tomaremos ambas una fotografía, diremos que es de recuerdo porque te vas a Cataluña y las vamos a intercambiar.

—Te sigo, ¿y después?

—Adelaida, mi sirvienta, tiene un primo que ha estado preso un par de veces por meterse en negocios turbios y justo ahora estaba merodeando mi casa para pedirle dinero. Le mandaremos un mensaje para que nos ayude a falsificar el pasaporte. Esto nos va a costar un dineral. Deberás sacar tus ahorros.

—El dinero, como dije antes, no es problema. El problema es otro. Una mujer no puede andar sola, debe estar acompañada de su familia o de su marido. ¡Cómo haré para viajar a otro país sola!

—También había pensado en eso. Tu padre es dueño de muchos barcos que están todo el tiempo entrando y saliendo de España. Necesitamos saber cuándo zarpa alguno que vaya a Pauillac, y te subes escondida como un polizone.

—¿Quieres que me suba a un barco lleno de marineros sola?

—¡Madre mía! Por supuesto que no quiero, pero es lo que se me ha ocurrido hasta el momento. Si tienes una idea mejor, este es el instante en que debes compartirla, Caye —sentenció ofuscada Margarita.

Las amigas interrumpieron su conversación mientras la sirvienta les servía un té inglés acompañado de pastel de manzana y unas castañitas de san Antonio, y la retomaron cuando estuvieron solas de nuevo.

—¡Estoy tan angustiada! Discúlpame, por favor. Entiendo que estás ayudándome —se lamentó Cayetana intentando contener las lágrimas con el pulso acelerado—. Mañana te espero para ir a lo de la foto. Mientras, habla con Adelaida y pregúntale cuándo podemos ver a su primo en privado.

—Pierde cuidado, Caye —dijo Marga mientras probaba las delicias asturianas—. Ahora debes dominar tus impulsos y pensar en algún disfraz para subir al barco y pasar desapercibida.

Cayetana suspiró agradecida, pero no estaba tranquila, apretó la mano de su amiga y le agradeció de todo corazón. Margarita no se fue hasta no terminar de comer su pastel de manzana y de envolver en una servilleta un par de castañitas para el camino.

El cielo cubierto con nubarrones grisáceos cargados de lluvia en pleno verano daba cuenta del clima costero. Cayetana se vistió más abrigada y se peinó con un moño recogido con horquillas para ir a tomarse la fotografía.



Margarita llegó, acompañada de Adelaida, a recogerla. Para doña Soledad no pasó desapercibido el rostro hinchado y colorado de tanto llorar de su hija, «de hará bien salir y distraerse un rato» pensó para aliviar su conciencia y no vio inconveniente en que las niñas salieran.

Caminaban las amigas del brazo y la sirvienta iba dos pasos más atrás. Llegaron a la plaza Mayor y se dirigieron a la calle Corrida, donde había un estudio fotográfico.

Al llegar, ambas posaron muy monas y, al terminar la sesión, salieron a pasear mientras les revelaban las fotografías.

—Adelaida contactó a su primo —comentó Margarita.

—¿Y qué debemos hacer?

—Nos encontraremos por casualidad en la plaza Mayor. Mientras miramos las vitrinas, Fermín se acercará a hablar con Adelaida, que estará más atrás de nosotras, y le dirá cuánto pide y cuándo tendrá el documento. Nosotras debemos actuar casuales para no llamar la atención mientras ellos conversan —sentenció Margarita.

Las amigas siguieron su camino por las calles ajetreadas de Gijón. A pesar de que la guerra había terminado, ambas muchachas percibían en el aire la tristeza. Había casas destruidas y escombros en cada esquina, que revivían los estragos de la guerra recién vivida. Hacía un tiempo, múltiples bombardeos habían destruido un parque infantil, casas y locales en la calle Covadonga y en la del 14 de abril, además del Hospital de la Caridad, donde Cayetana y su madre asistían como voluntarias de las monjas para atender a los heridos.

La destrucción del hospital fue muy triste para Cayetana. No le gustaba caminar por los alrededores, se respiraba desolación a pesar de que la guerra había terminado. Las amigas siempre estuvieron protegidas, su situación familiar y económica no se vio mermada, pero no eran ajenas a la melancolía que flotaba en el aire.

Al llegar a la farola de la plaza Mayor, distraídas con los escaparates que promocionaban vestidos y sombreros, se les acercó un hombre de unos treinta años, con cara de vividor, vestido humilde-

mente, pero limpio; sus ojos tenían un tinte amarillento y, a pesar de ser muy delgado, su abdomen era prominente como una sandía.

—Hola, prima, ¿cómo estás? —saludó a Adelaida con familiaridad y un timbre de voz agudo que en la cárcel no debía haberle favorecido.

—Hola, Fermín, estas son las señoritas que necesitan de tus servicios.

Los cuatro comenzaron a caminar a paso lento, las dos jóvenes, adelante y la pareja de primos dos pasos más atrás. Fermín encendió un cigarrillo.

—Cuéntale lo que necesitamos, Adelaida —le dijo hablando hacia atrás la joven Margarita.

—Fermín, mi patrona quiere un pasaporte para la señorita Cayetana, de manera urgente —le pidió en tono autoritario.

—Eso les va a costar caro a las mozuelas —contestó sin ningún preámbulo.

—Dile, Adelaida, que tendrá su dinero. Le pagaremos la mitad ahora y la mitad cuando esté listo —explicó Cayetana.

—Quiero cien pesetas.

—¿Te has pegado en la cabeza? —contestó Cayetana iracunda—. ¡Eso es usural!

—Cien pesetas o me largo —contestó Fermín con toda calma.

—Está bien —respondió Margarita apaciguando los ánimos—. Le daremos cincuenta hoy y el resto apenas nos entregue el documento. «¡A lo hecho, pecho!», como dice mi abuela.

—Tiene una semana para entregárselo a Adelaida. Ella te dará el dinero y te entregará la foto —dijo Cayetana aún enrabiada, hablándole a él, pero mirando a su amiga—. Esta noche, ve a visitarla a su casa por la puerta trasera. Ella te entregará la foto, el nombre por escrito y la fecha de nacimiento.

—Como mande la señorita —contestó con mirada provocadora desacorde a su voz afeminada.

El hombre hizo una venia, exhaló unos aros de humo hacia los rostros de las jovencitas y se retiró con sigilo, tal como había aparecido.

La postal de pobreza y destrucción de las calles de Gijón recogió el corazón de las amigas, que caminaban de vuelta hacia el estudio fotográfico. Las jóvenes no solían salir a hacer recados y distaban de entender la miseria en la que estaban sumidos gran parte de sus compatriotas. Más de algún chiquillo descalzo se les acercó para pedirles limosna. Cayetana les daba unos céntimos y Margarita le reclamaba porque, si le daba a uno, se les iban a acercar otros.

Al retirar las fotos, emprendieron el regreso a casa. Ahora debían averiguar cómo subir a la novia en un barco hacia Francia sin ser descubierta y a tiempo para embarcar el Winnipeg.

El vientecillo ligero no lograba apaciguar el calor de la tarde veraniega en la costa cantábrica. Los portuarios trabajaban afanosamente desembarcando la carga del buque que acababa de atracar en el puerto de Gijón.

Los días se fugaban entre los preparativos, las invitaciones, cenas con el novio y el plan de escape. Anselmo viajó a Barcelona a buscar a su madre ya que, por su avanzada edad, no podía viajar sola y aprovecharía de atender unos negocios. Llegarían una semana antes de la boda. Doña Soledad, por su parte, estaba preparando la cena de bienvenida para su consuegra, por lo que, Cayetana se podía mover con libertad. La joven se ofrecía para todos los mandados desbordando amabilidad y aprovechaba la oportunidad de invitar a Margarita para salir y hacer sus averiguaciones. Faltaban quince días para la boda y trece días para tomar el barco al sur de América.

Don Torcuato Montes de Fernández observaba atento, desde su despacho a través de un inmenso ventanal orientado hacia el muelle, el trabajo de sus hombres. Concentrado, contaba en su mente los contenedores con graneles secos que después debía distribuir por toda España. Hacía unos meses la guerra había terminado y sus finanzas por fin se estaban afirmando. El ambiente en la ciudad todavía mantenía un dejo de temor. No se sabía con

certeza quiénes habían apoyado al bando de los republicanos. Por el momento, había paz.

Torcuato se sentó en su escritorio de ébano. En medio de tantas preocupaciones sus pensamientos se detuvieron en la imagen de Cayetana. Reconocía en ella rasgos de su propia personalidad. Era inteligente y muy astuta. Si se le cruzaba una idea por la cabeza, nada la detenía. Con autocomplacencia, pensaba en el buen matrimonio que había concertado.

«Anselmo Soler es un catalán bien posicionado. Su familia ha tenido fábricas textiles por muchos años y él las dirige. No le faltarán telas finísimas para sus vestidos y podrá vivir con todas las comodidades en Barcelona. ¡Será muy feliz!», pensaba.

La secretaria golpeó la puerta despojándolo de sus cavilaciones y anunció la llegada de la niña. Al entrar, Cayetana se abalanzó sobre su padre con la alegría de una chiquilla cuando la van a buscar a la escuela.

—Padre, Margarita quería conocer la naviera, usted sabe, ella es muy curiosa.

—Claro, cariño, déjame llamar a un amarrador de mi confianza para que las acompañe y pueda contestar vuestras preguntas. Así no andarán solas con tanto hombre dando vueltas.

Mientras esperaban, la secretaria atendió a las amigas con jugos y galletas. Don Torcuato acariciaba el cabello de su hija, tal como hacía cuando era pequeña; enrollaba en los dedos un mechón de pelo y los soltaba, así mil veces. Ella se dejaba querer. La miraba con nostalgia, pronto se marcharía de casa y sabía que la extrañaría mucho.

Al cabo de un rato, llegó un hombre con cara de que la vida le había pasado por encima. Recibió las instrucciones y obedeció a su patrón con una afirmación de cabeza llevando a las señoritas a recorrer la naviera. El padre observó a su hija caminar hacia la puerta y la notó más delgada. «Debe ser por los nervios de toda novia» pensó y volvió a contemplar el muelle.

Las jóvenes y Adelaida, la sirvienta que no dejaba sola a Margarita, siguieron al trabajador, quien hacía gala de una parca acti-

tud mientras les iba mostrando la compañía. Les explicaba que su principal función era transportar distintos tipos de carga por vía marítima de puerto a puerto.

Las amigas no tenían ningún interés en el recorrido. Se alejaron de las oficinas portuarias y, siguiendo al amarrador, caminaron hacia el dique norte. Todavía se veían los estragos que dejaron los bombardeos del año 37, pero la gente seguía trabajando en medio de los destrozos. Cayetana registraba en su memoria los accesos al embarcadero, el cruce de las líneas del ferrocarril y el movimiento en la zona del astillero. Debían averiguar si había salidas a Francia. Mientras caminaban por el muelle, comenzó el interrogatorio.

—Señor, ¿cuántos barcos salen cada día? —pregunto Margarita.

—Depende, a veces dos al día, o tres a la semana; es relativo.

—Ya. ¿Y hacia dónde van los barcos que salen de acá? —preguntó la hija del patrón.

—La mayoría van a Francia, a San Juan de Luz, Le Verdon, Archachón, La Pallice, Pauillac, San Nazaire y otros que no me acuerdo.

—¿Y cuándo hay salida a Pauillac? —preguntó Cayetana de improviso.

—¿A Pauillac? ¿Por qué les interesaría a unas mozuelas ese puerto?

—Porque... eh...

—Por nada especial, en el colegio hay una monja que es de allí. Te acordaste de la Madre Eugénie, ¿cierto, Caye?

—Sí, eso. Es una monja muy buena.

El amarrador las miró con suspicacia y siguió mostrándoles el puerto. Las tres caminaban detrás del hombre, cuando de pronto Cayetana se escabulló tras unos estibadores que cargaban un vagón con hulla. Necesitaba averiguar por donde podía subirse al barco sin ser descubierta. Caminó por la zona de tránsito que llevaba al embarcadero y se acercó a un gran barco atracado. Su apariencia no pasó inadvertida ante los trabajadores que distraídos de sus la-

bores la miraban sin pudor. «¿Por dónde entraré?» se preguntaba con el corazón acelerado. La brisa costera le levantaba el vestido deleitando a los mirones. La joven, con sus manos trataba de bajarlo mientras caminaba hacia la popa del barco. Las mejillas coloradas expresaban su mortificación. «Si mi padre me ve sola en el puerto me mataría» pensaba cuando vio una abertura en el tronco del timón. «Por ahí puedo entrar» consideró la alternativa, pero no pudo seguir avanzando porque se acercaban hacia ella unos guardias alertados por su presencia. La joven al verlos comenzó a correr en sentido contrario. Si la atrapaban la llevarían donde su padre. Palideció de miedo preguntándose qué excusa le contaría. Se cruzó con remolcadores y empujó a los estibadores sucios con el polvillo del carbón para hacerse camino. El elegante peinado se desarmó con el viento y el trote y cuando encontró a Margarita el sudor le corría por la frente y no le salían las palabras del cansancio.

—¿Dónde se metió señorita? —preguntó el amarrador al verle el vestido manchado con carbón y el pelo desordenado—. La hemos buscado por todos lados. Su padre se va a enfurecer cuando sepa.

—Me perdí. Fue solo eso. No alarmemos a mi padre por nada.

El amarrador miró a Cayetana sin creerle. Ya era viejo para cuentos, pero pensó que si le contaba al patrón le reprenderían por culpa de una mocosa malcriada. No valía la pena. Margarita nerviosa, deseaba volver a casa. En ausencia de Cayetana había preguntado por las salidas de los barcos y de mala gana el amarrador le había comentado que en la entrada del edificio administrativo estaba el calendario con la información de los barcos que van y vienen durante el mes.

—Le agradecemos su amabilidad y le pedimos disculpas si le causamos alguna molestia. Como dice mi abuela «al pan, pan y al vino, vino»; entendemos que debe volver a sus quehaceres. Sería tan amable de acercarnos a la salida —preguntó Margarita haciéndole un gesto a Cayetana para que se acomodara el peinado.

El amarrador las llevó a la entrada tan rápido como pudo; él debía volver a sus labores y ya había perdido mucho tiempo con

estas niñas. Las dejó frente al mural e hizo un gesto de despedida.

—Estás hecha un desastre. ¿Dónde te metiste?

—Encontré una entrada por donde subir al barco —contestó Cayetana—. Adelaida, toma nota de todos los barcos que salen a Pauillac en el mes —ordenó a la sirvienta entregándole un lápiz y papel que sacó de su cartera.

La sirvienta obedeció mientras las amigas la cubrían.

El barco que necesitaban saldría el próximo lunes 31 de julio a las diecisiete horas, el viaje duraría dos días, atracando el miércoles. Tendría dos días para embarcar en el Winnipeg.

—Adelaida, necesito que hables con Fermín y le exijas que nos traiga el pasaporte. No podemos esperar más. Estamos contra el tiempo.

—Sí, señorita Caye —respondió sumisa la muchacha.

—Deberás empacar lo esencial en una maleta pequeña que puedas entregarme antes del viaje. Así, cuando dejes tu casa, nadie sospechará nada porque solo llevarás tu bolsa —sugirió Margarita.

—Sí, ya lo había pensado. Tendré el bolso listo el viernes.

Al salir del puerto, rumbo al centro de la ciudad, se sentaron en una plaza a descansar y discutir detalles del plan de escape. Cayetana de pronto se quedó en silencio y miró a unas viejas que conversaban en una banqueta frente a ellas. Podían ser hermanas o amigas, o tal vez vecinas del barrio.

—¿Seguiremos siendo amigas cuando me vaya, Marga?

—¿Qué dices? Claro. Ya me escribirás dónde vives y ten por seguro que pronto te iré a visitar.

Unas lágrimas gruesas se estancaron en los tristes ojos de Cayetana. Margarita le acercó un pañuelo y la abrazó.

—¿Qué estoy haciendo, Dios mío?

—Puedes hablar con tu padre y suplicarle que cancele el compromiso.

—No, no puedo. No me escucharía. Lo conozco.

—Entonces conversa con tu madre y explícale cómo te sientes. Eres su hija, ella quiere lo mejor para ti.

—Ya lo intenté, y no me escucha.

Margarita no sabía qué decir. Le tomó la mano y la acompañó en silencio. Ambas observaron como las viejas se reían mientras alimentaban unas palomas.

—Vamos a casa ya, mira que como dice mi abuela «con tripas vacías, no hay alegrías» —sugirió Margarita para subirle el ánimo.

Caminaron las tres mujeres con ritmo rápido y coordinado hacia sus respectivas casas. Todas tenían misiones que cumplir a la brevedad. Todas estaban metidas en esto hasta el cuello.

El viernes, a las siete de la tarde, sonó el llamador de bronce en la casa de los Montes de Fernández. La sirvienta hizo pasar a Anselmo y a su madre, la señora Mariona Soler, al salón, donde los estaba esperando toda la familia. Doña Soledad, encantadora como siempre, le dio la bienvenida a su casa y a su familia.

El salón estaba decorado con flores frescas y alumbrado a través de los ventanales por el sol de la tarde. Los invitados tomaron asiento mientras la sirvienta les servía unos refrescos. Anselmo se sentó al lado de Cayetana, quien lucía un vestido verde agua abotonado con un corte en la cintura. Parecía una princesa griega.

—Veo que no escatimaste en cumplidos sobre tu prometida, querido hijo —comentó satisfecha doña Mariona.

—Así es, madre. Cayetana es una mujer muy hermosa.

La joven agradeció el cumplido con cara de fastidio y bajó la mirada. No quería entablar contacto visual con nadie durante la velada. Prefería pasar desapercibida o como una muchacha tímida antes que ser el centro de atención.

—Cayetana, no has dicho una palabra en toda la noche. ¿Te comieron la lengua los ratones? —preguntó Doña Mariona mientras revolvía la sopa.

La joven bebió un sorbo de agua de su copa de cristal.

—No tengo nada que decir.

—¿No te emociona tu propio matrimonio?

—Mmm...la verdad es que no quiero casarme.



Doña Soledad soltó la cuchara con la que tomaba la sopa salpicándose el vestido. Don Torcuato se atoró con el vino y comenzó a toser como si la vida se le fuera en ello. Anselmo miraba a Cayetana enfurecido y doña Mariona volvió a la carga.

—Eres muy niña todavía. No sabes lo que es bueno para ti — cerró la suegra ignorando a la novia.

La dueña de casa, para pasar el bochorno tocó la campanilla para llamar a la servidumbre y se deshizo en disculpas. Por debajo de la mesa le dio un puntapié a su hija y Cayetana se enderezó y contestó.

—Eso debe ser. Soy muy niña todavía para casarme —no volvió a hablar en toda la noche.

Al terminar la cena, don Torcuato les ofreció a los hombres un puro y un digestivo mientras las mujeres se sentaron en la terraza a conversar detalles de la boda.

Soledad comentaba las múltiples habilidades que había transmitido a su hija y que la harían una estupenda dueña de casa. Bordaba a la perfección, era talentosa con el piano, de gustos sofisticados, dócil y obediente. Doña Mariona la miraba con ojos suspicaces.

Acostumbrada por décadas a ser quien llevaba las riendas en su casa, entendía que debía soltar a su hijo. Ella ya estaba en el ocaso de su vida, pero no se quedaría tranquila hasta que esta muchacha estuviera a la altura de su adorado retoño, y para eso le faltaba mucho.

—Hemos escuchado que en Barcelona las cosas están muy complicadas —dijo Soledad a Mariona.

—Efectivamente, está toda la región bastante consternada por los resultados de la guerra. Nosotros apoyamos a Franco y me alegra que haya acabado con los comunistas, pero los costos de la guerra han sido muy altos y dolorosos. Ya no podemos ni hablar nuestra lengua en la calle ni leerla en los periódicos. Hay espías y soplones por todas partes. La verdad, es muy triste llegar a vieja y ver cómo se destruye mi cultura. Dentro de todo no nos podemos quejar, Anselmo es trabajador y muy hábil para los negocios. Nuestra situación

es bastante acomodada —intervino nostálgica doña Marion—. La boda de Anselmo es como un bálsamo para nuestras vidas.

—Sí, claro, a pesar de lo apresurado del compromiso, todo va sobre ruedas —contestó Soledad mirando de reojo a su hija, que estaba sentada muy inquieta.

—Cayetana, querida, ¿estás bien?

—No, madre, me siento un poco rara. Me disculpan por favor, me ha sentado mal algo que he comido —dijo al fin la joven, y se levantó de su silla para despedirse de los invitados.

Le dio un beso apretado a su adorado padre y le susurró al oído un suave: «Te quiero», despedida que el padre siempre llevaría como una espina en el corazón.

—Enviaré a la sirvienta con un té de hierbas a tu habitación, cariño —ofreció su madre con ternura.

Se retiró con la sensación de que el vestido la asfixiaba y sus manos transpiraban. «No aguanto más esta farsa», pensó mientras abría la ventana de su habitación para respirar aire fresco.

Su maleta había sido retirada por Adelaida durante la tarde. Margarita ya tenía en su poder el pasaporte falso que le había llevado Fermín cumpliendo con el ultimátum de no recibir el resto del dinero. Se había conseguido un traje de una sirvienta para no llamar la atención en el puerto. Una señorita bien vestida y sola podría levantar sospechas y arruinar los planes.

Ya en su habitación, se sentó en el escritorio y empezó a escribir una carta de despedida para sus padres. Con los ojos sumidos en un mar de lágrimas, sobre ese pedazo de papel escribió todo lo que su corazón guardaba y la escondió en el cajón del tocador. Alguien la encontraría algún día.

El barco zarpaba a las cinco de la tarde, la pobre no había pegado un ojo en toda la noche pensando en el dolor que causaría a sus padres. Se acercaba la hora del escape y la sensación de inseguridad la abrumaba cada vez más, pero a la vez, sentía la urgencia de arrancar como fuera. Alejarse de este destino impuesto y ser dueña de su propia vida era lo único que importaba.

La sirvienta entró en su habitación con la bandeja del desayuno. La puso sobre sus piernas en la cama y abrió las cortinas dejándola sola. Estos pequeños detalles de su rutina diaria se esfumarían para siempre.

El día pintaba para despejado, se acercó a la ventana que estaba al lado de su escritorio abrazando una taza de leche caliente para contemplar su adorado jardín con palmeras, con una pileta que, al verter el agua, generaba un sonido relajante, y sus caminos de grava, por donde todos los días caminaba para estirar las piernas y alejarse del ajetreo de su casa.

Preparó la tina para darse un baño y aromatizó el agua con esencias de madre selva, respiró el vapor perfumado del agua mezclado con sus temores más profundos y se preparó para salir.

Bajó al salón a tocar el piano, y encontró a su madre bordando unas sábanas con unas lavandas en los bordes para completar su ajuar.

—Hola, querida, por lo visto amaneciste mejor.

—Sí, me hizo bien dormir.

—Te he notado muy callada y distante con tu prometido. Y ayer no le dirigiste la palabra a tu futura suegra —comentó con un tono de reproche.

—Sabe que no quiero casarme.

—No vamos a volver a discutir sobre este tema. La decisión ya está tomada y tú solo debes acatar.

—Madre, le molesta si toco una melodía —dijo sentándose en el sillón frente al piano. No discutiría con su madre. Ya no tenía sentido.

—No, cariño. Me encantaría escucharte.

La joven respiró profundo y comenzó a tocar una *Kleisleriana* de Robert Schumann, que llenó de tristeza la habitación, pero que su madre disfrutó con orgullo por lo exquisita de su ejecución.

A pesar de haber percibido una actitud ausente por parte de su hija en las últimas semanas, atribuyó su comportamiento a los nervios clásicos de una novia frente a una boda de ensueño.

Cayetana lamentaba no compartir unos momentos más con su padre antes de su partida, pero don Torcuato salía a trabajar siempre de madrugada y no volvía hasta el anochecer.

Ya estaba lista, llevaba un vestido azul marino entallado con un cinturón blanco y su pelo recogido en un moño hacia el lado. En su bolsa llevaba los documentos, ahorros, las joyas que poseía y una foto de sus padres. Margarita vendría a por ella con la excusa de invitarla a almorzar y de ahí correrían al puerto, donde las esperaba Adelaida con la maleta.

—Ten —dijo Margarita extendiéndole un sobre a Cayetana.

—¿Qué es esto?

—Dinero. Necesitarás unos pocos francos para tu estadía en Pauillac y van unos dólares porque no sé qué moneda usan en Chile. ¡Te aseguro que no son pesetas! —sonrió con cariño y la abrazó.

Margarita la extrañaría una enormidad, los paseos, las charlas, las tardes de té con pastelillos, las risas y penas. Compartieron tantos años de amistad. Cayetana también la extrañaría. Su amiga de la infancia la había entendido sin juzgarla y la había apoyado sin condiciones. Ambas se abrazaron. Las dos amigas tomaron el camino al puerto del Musel a paso acelerado, tomando atajos y esquivando a algunos transeúntes, nerviosas, mirando de reojo a la gente, esperando no encontrarse con nadie conocido que pudiera hacer preguntas indiscretas.

Se veía a lo lejos la entrada al puerto cuando fueron abordadas por un hombre que apareció por sorpresa frente a ellas con un cigarro en la boca. Por lo visto, las estaba esperando.

—¡Buenos días, señoritas! —las saludó con una mirada lasciva.

—¡Fermín! —contestó asombrada Cayetana—. Estamos apuradas, debemos llegar al puerto.

El hombre sonrió impidiéndoles avanzar, sujetando su cigarrillo con los dientes, manteniendo las manos en los bolsillos.

—Lamento comentaros que vosotras no iréis a ninguna parte —sentenció el hombre con aplomo.

—¿No me has entendido? Estamos apuradas y ahora no podemos hablar contigo —replicó molesta Margarita.

—Las que no han entendido sois vosotras. Estoy enterado de vuestro plan y mi silencio tiene un precio —dijo soltando una bocanada de humo en la cara de Cayetana.

—¡Insolente, mugroso! —contestó iracunda la novia fugitiva ante la mirada atónita de Margarita, que, perpleja, observaba la situación como un ente ajeno—. Ya se te pagó por tus servicios una buena suma de pesetas. ¡Aléjate de nosotras o llamaré a la Policía!

Cayetana veía cómo su plan se desmoronaba, Fermín le contaría a su padre su intento de escape y la recluirlían en una habitación con candado a pan y agua hasta el día de la boda. No se veía gente alrededor que pudiera socorrerlas. Sin pensarlo, decidió enfrentarse al exconvicto.

—¿Cuánto quieres? —preguntó la novia enfurecida.

—Todo lo que llevas en la bolsa.

—¿Has perdido la cordura, Fermín? Por ningún motivo te daremos nada y, si no te haces a un lado, comenzaremos a gritar —replicó Margarita saliendo de su perplejidad con el rostro iracundo ante la desfachatez del trepador—. ¡No querrás volver a la cárcel!

—O me dan el dinero o voy corriendo a contarle todo a su padre, señorita Cayetana —afirmó acercándose decidido a las dos mujeres, dejando un espacio poco decoroso entre su cuerpo y el de ellas.

Fue en un abrir y cerrar de ojos que Fermín sujetó a Margarita con firmeza por el brazo izquierdo girándola y acercándola a su cuerpo por la espalda cuando sacó un cuchillo oxidado de su bolsillo y lo puso contra el cuello de la joven. Margarita sentía el hálito caliente y putrefacto de su agresor en su rostro mientras se mantenía inmóvil pidiendo auxilio a su amiga con la mirada.

—¡Suéltala, Fermín, toma mi cartera, y deja a mi amiga! ¡Ella solo me está ayudando! Dejaré la cartera en el suelo y tú debes dejarla libre —sentenció Cayetana mientras con suavidad se agachaba para dejar sus pertenencias.

—Fermín, no hagas esto, deja a Cayetana partir. Te daremos todo lo que pides —dijo Margarita con un hilo de voz.

—¡Quiero el anillo también! —exigió el ladrón perdiendo la paciencia y enterrando el cuchillo en el cuello albo y juvenil de la hermosa joven.

Margarita gritó de pavor al sentir cómo el acero helado se incrustaba en su piel, abriendo paso a un hilo de sangre caliente que escurría hacia su escote.

—¡Suéltala, desgraciado!

De manera voluntariosa y poco calculadora, Cayetana se abalanzó sobre el malhechor y este, en un acto reflejo, apretó el cuchillo sobre la joven perforando su tráquea mientras caía de espaldas sobre la acera. Margarita alcanzó a llevar sus manos a la garganta en un desesperado intento por atrapar un último respiro presionando con los dedos su propia sangre hirviendo mientras sus brazos perdían fuerza y su mente comprendía que su vida había acabado.

Fermín se sacó el cuerpo de la desdichada de encima y contempló horrorizado su crimen. Se puso de pie de un salto y arrancó hacia el olvido sin mirar atrás.

Cayetana, sola sosteniéndola, abrazándola en un manto escarlata, le susurraba al oído que resistiera, que despertara, que la perdonara. Con la mano ensangrentada acariciaba el pelo de Marga, lo peinaba hacia atrás y contemplaba la mueca de terror con la que su rostro pasaría a la eternidad. Su respiración se volvió entrecortada, no paraba de tiritar, no pudo con la culpa y rompió en un llanto desconsolado.

La joven novia se vio enfrentada a su destino. No había nadie a quien pedirle ayuda en ese callejón. La desesperación y el lamento de Cayetana se entrelazaban con el cuerpo aún caliente de Margarita aferrado a su pecho.

El tiempo se detuvo para la joven. A lo lejos divisó una mujer corriendo hacia ella. Era Adelaida, quien, alertada por el atraso de las amigas, decidió salir a buscarlas.

La sirvienta no daba crédito a lo que veían sus ojos. Un mar de sangre envolvía a las dos amigas y la señorita Caye le hablaba, pero ella no entendía nada.

—Adelaida, fue Fermín.

La sirvienta se llevó las manos a la boca para no soltar un grito de terror y cayó de rodillas junto al cuerpo de su patrona. Tomó su mano aún tibia y suave y la besó. Sus lágrimas silenciosas se unieron al coro de sollozos de Cayetana.

La joven sin mediar palabras, solo con una mirada, le pidió a Adelaida que tomara su lugar. La sirvienta, aun temblando se agachó recibió el cuerpo. Con la voz quebrada dijo:

—¡Váyase! ¡Váyase!

—Pero cómo me voy a ir, Dios mío.

—Ya ha hecho suficiente. Váyase y haga su vida. Mi patrona ya la perdió por usted. Que su muerte no sea en vano.

Cayetana desconcertada se acercó al oído de Margarita.

—Marga querida, perdóname, por favor —las lágrimas le anegaban los ojos—, por lo que haré arderé en el infierno, pero debo dejarte ya. Siempre te llevaré en mi corazón.

Cerró los ojos vacíos de la pobre muchacha, besó su frente y tomó su bolso y la maleta, que Adelaida le llevaba. Se levantó con cuidado dejando que la sirvienta sostuviera el cuerpo de su amiga del alma. Al levantarse, vio la imagen dramática como una piedad de Miguel Ángel.

Corrió hacia el muelle dejando el cuerpo de Margarita Cienfuegos en la acera de una callejuela de Gijón.

Al llegar, desmarañada y ensangrentada, se acercó a un guardia civil que divisó entre la gente. Le avisó lo del atraco y que había una mujer herida. El guardia corrió en la dirección indicada por la joven y se perdió entre la multitud. Cuando estuvo a solas, Cayetana buscó un lugar donde cambiarse y eliminar sus ropas sucias. Ordenó su cabello y con un pañuelo se limpió la cara y las manos. Buscó la abertura en el tronco del timón. Era estrecha. Metió primero el bolso y luego su cuerpo delgado. Un sudor frío le arañaba la espal-

da. Una pena negra le apretaba el cuello. El viaje duraría dos días. tendría tiempo para digerir todo lo ocurrido en las últimas horas.